

Pero esas podrían ser respuestas descorteses para una invitación amable. A la mayoría de nosotros nos interesan las respuestas entregadas por los colegas que han dedicado sus vidas profesionales al estudio de la educación superior.

La referencia que se hace en la pregunta a aquello con lo cual la educación superior necesita lidiar ¿conciérne a los intereses propios de la educación superior o a servir a los demás? Únicamente las personas como los rectores universitarios y los promotores de políticas de soluciones mágicas podrían plantear estos intereses como casi idénticos. Además: ¿cómo podría una sola respuesta tener sentido para la inmensa variedad de realidades de las sociedades, sistemas políticos, economías, niveles de desarrollo, intereses y valores por un lado y para las estructuras y funciones de la educación superior por el otro? Sin embargo, muchos colegas podrían responder teniendo en mente a las universidades de investigación. Yo no me sentiría cómodo con una única y sustantiva respuesta de acción prescriptiva para toda la educación superior.

La mayor necesidad de la educación superior es mantenerse bien alejada de las visiones o propuestas de políticas idealistas seductoramente atractivas, o bien modificarlas en forma significativa. Obviamente, deseamos resistirnos a las propuestas insidiosas o carentes de mérito; cuando nos las imponen, pataleamos y despotricamos. No obstante, incluso las visiones y propuestas que tienen mérito cautivante y deben ser consideradas seriamente llegan a nosotros con aseveraciones muy exageradas acerca de sus probables beneficios. En algunos casos llegan visiones sin contemplación alguna o bien con una contemplación inadecuada de la infinidad de costos, tanto los previsibles como los no previsibles. Hagan sus propias listas del ayer y de hoy. Desafortunadamente, las aseveraciones infladas del ayer aún perduran: lo que un mayor financiamiento de la educación superior logrará para el desarrollo; cómo la expansión rápida y diversificada del acceso generará equidad y beneficios productivos; de qué manera el dinero del Estado logrará los objetivos progresistas planteados mutuamente. A estas aseveraciones ahora se les suman las grandiosas visiones de cómo crear universidades de clase mundial y lo que lo que se cosechará mediante las agencias de aseguramiento de la calidad, de los parámetros de referencia (benchmarks), de los cursos masivos y abiertos online, o de una mayor competencia en el mercado.

Esto no es una perorata lanzada desde una torre de marfil en contra de quienes están afuera. Mi respuesta propone visiones y propuestas audaces que surjan desde adentro del ámbito académico y también desde expertos

en estudios de la educación superior. Confiaría más en manos invisibles (en las cuales solo tengo una confianza limitada) que en lo que prescriben los gurúes, y mucho menos en lo que prescriben unos sabelotodo ajenos al mundo académico, para determinar lo que la educación superior necesita hacer. ■

Mantención de los Recursos

SIMON MARGINSON

Simon Marginson es profesor del Institute of Education, University College de Londres, Reino Unido. E-mail: s.marginson@ioe.ac.uk

El principal desafío que enfrenta la educación superior en la próxima década es mundano pero central: la mantención de los recursos. Detrás de esto existe un problema histórico más profundo: las relaciones entre la educación superior y el Estado nación.

A nivel mundial, los sistemas de educación superior modernos son el producto de las estrategias gubernamentales diseñadas para crear nación. Los sistemas de aranceles de la educación superior varían notablemente, pero en general, hasta el momento, el Estado ha financiado la mayor parte de la infraestructura y la mayor parte de los costos de operación de las mejores instituciones de una u otra manera. Los Estados subsidian el crecimiento en el acceso para las nuevas familias participantes y fomentan las oportunidades para la movilidad social a través de la educación superior. El Estado es también esencial en el financiamiento de la investigación, un bien público sujeto al fracaso del mercado. No obstante, ahora la situación está cambiando en muchos países. La investigación aún depende del financiamiento público y los gobiernos desean concentrar allí los recursos para maximizar la competitividad nacional. Pero la docencia puede ser tanto un bien público como un bien privado.

Con una participación en la educación terciaria actualmente de más del 50 por ciento en países con ingresos per cápita por encima del promedio, se ha llegado a un punto crítico. La educación superior se ha convertido en un pasaporte esencial para obtener un empleo de jornada completa y un estatus social efectivo. Se ha vuelto cada vez más difícil para las familias de clase media (y en al-

gunos países, para cualquier familia) permanecer fuera del sistema de educación superior. Con frecuencia hay una fuerte resistencia a los aumentos en aranceles. Sin embargo, en su fuero interno las personas saben que deben matricular a sus hijos estudiantes, aún si deben cubrir una gran parte del costo por su propia cuenta. La tanda de reducciones en financiamiento ocurrida durante la recesión del 2008 no gatilló una menor participación como muchos temían: de hecho a nivel mundial, el aumento en la participación jamás ha sido tan fuerte. Si bien existen algunas instancias continuas de elasticidad de la demanda, en general, muchos gobiernos están aprendiendo que pueden reducir sus subsidios para la educación superior y forzar aumentos en los aranceles, sin tener que pagar un precio político y sin reducir la participación a largo plazo. Esto solo puede significar que “no hemos visto nada aún” y que el financiamiento estatal disminuirá aún más. ¿Qué ocurre entonces con el carácter público de la educación superior? La misión pública siempre se ha apoyado en el rol de financiamiento del Estado. Sin una presencia estatal fuerte ¿es realista esperar que las instituciones por sí solas logren mantener la calidad y la movilidad social?

En los sistemas de alta participación, la pregunta cambia de ¿acceso? a ¿acceso a qué? En igualdad de condiciones, un importante cambio hacia los costos privados está asociado a una creciente estratificación de la calidad de la provisión y a una mayor desigualdad de oportunidades, con una concentración de la clase media alta en las instituciones principales. Algunos dirían que ya llegamos a ese punto. Sin embargo, lo más importante es que a medida que el Estado se retira, la calidad de la educación pública masiva colapsa y ésta ya no puede funcionar como un trampolín para la movilidad. Las instituciones privadas con fines de lucro tienen tasas bajas de finalización de los estudios y sus credenciales carecen de atractivo en los mercados de trabajo. En dos tercios de los países las desigualdades económicas van en aumento. Si la educación superior empeora la estratificación social y obstruye el empoderamiento social, entonces ésta ha perdido su base moral arraigada en el bien común. Se transforma en un obstáculo que debe ser retirado. ¿Será esta la dirección en que nos dirigimos?. ■

El desafío que enfrenta la educación superior china en las próximas dos décadas

WEIFANG MIN

Weifang Min es profesor y director del Instituto de Educación Superior y anterior vice presidente ejecutivo de la Universidad de Pekín. E-mail: wfmin@pku.edu.cn

Uno de los aspectos más notables de la educación superior en los últimos 20 años es la rápida expansión de la matrícula. En 1995, la matrícula total mundial era de 79 millones, con 5,2 millones correspondientes a China. En 2012, dicha cifra aumentó a 196 millones y 32,6 millones respectivamente, lo cual indica un crecimiento de 2,5 veces con respecto a las cifras de 1995 para la matrícula mundial y de 6,2 veces para la de China. China es el país con el mayor crecimiento en educación superior del mundo.

Sin embargo, el financiamiento estatal y los aportes en calidad no pudieron seguirle el ritmo a la expansión cuantitativa, lo cual dio lugar a cursos más numerosos, aulas y laboratorios atestados, menos equipamiento pedagógico y menos libros de biblioteca por alumno, además disminuir la calidad de la enseñanza. Debido a que muchas universidades aumentaron la matrícula en programas de bajo costo, tales como literatura e historia, en vez de hacerlo en los programas de tecnologías de la ingeniería y ciencias, se generó un descalce en la estructura de egresados por profesión con respecto a las necesidades del mercado laboral. A muchos graduados les resultó difícil encontrar trabajo. El Ministerio de Educación chino se percató de los problemas asociados a la expansión demasiado apresurada de la educación superior y emitió un documento en 2012, en un intento de estabilizar el volumen de la matrícula. Sin embargo, debido a las crecientes demandas tanto privadas como sociales por una educación superior, el impulso de expansión continuó siendo fuerte. En 2013, la matrícula total aumentó a 34,5 millones. Se estima que la matrícula total superará los 40 millones para el 2020. La educación superior china actualmente se caracteriza por ser “grande pero no fuerte.”

Por lo tanto, el desafío para los próximos 20 años en la educación superior china consistirá en equilibrar el desarrollo cuantitativo y el mejoramiento cualitativo